

Schiller (1759 á 1805) es, á no dudarlo, uno de los poetas más excelso y simpáticos de que la humanidad puede gloriarse, y el segundo, después de Goethe, en aquella luminosa cohorte de ingenios que realizaron el cese del siglo XVIII (tan poco poético en sus principios), y salieron de la aurora del presente. Quien dice Schiller, dice entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánima, idealismo puro. Para llegar á las cumbres supremas del arte, le faltaba en las obras de su juventud equilibrio y armonía de facultades, dominio sobre la propia concepción, algo de aquella impasibilidad artística de que usó y abusó Goethe. Schiller se pone entero en sus obras, reflejo de la pasión iracunda ó del afecto sereno que por el momento le embargan: no rige á la pasión; la pasión le rige y le domina á él. Mas bien que un poeta dramático, es un gran poeta lírico con formas dramáticas. La utopía social y la utopía política del siglo XVIII, el ansia indefinida de libertad, el odio no menos abstracto y vago contra los tiranos, el humanitarismo, la universal tolerancia y filantropía, el encono áspero y reconcentrado contra la corrupción hipócrita de las pequeñas cortes alemanas, toda especie de ilusiones generosas, mezcladas con un absoluto desconocimiento de la vida, encerrada hasta entonces para Schiller en aquella dorada escuela con honores de cuartel, donde el gran duque de Wurtemberg, poseído del amor paternal más insufrible que se haya visto en soberano alguno, se empeñaba en tercer la vocación de sus amados súbditos y educarlos á su manera: todo esto, digo, es el alma de las cuatro primeras piezas de Schiller, escritas con tan ardorosa elocuencia, con tan infantil audacia, con tan extraña mezcla de sinceridad y de sentimentalismo, con un frenesí tan contagioso, con una vena tan turbia á veces, pero tan opulenta, que al más rígido le falta valor para condenarlas. Aquellos no son personajes de este mundo; pero ¡qué gran poeta es el que habla por su boca! La influencia de Diderot, de Rousseau, de todo el siglo XVIII francés en lo que tenía de más revolucionario, es enorme en esta primera manera de Schiller; pero al pasar por su cabeza y por su corazón, las doctrinas más altas se truecan en la pasión y en el amor. Así es como en *Los Ladrones* y en *Amor y Miedo* domina á sus anchas, pero no malsano y calenturiento, al cual corresponde la expresión, muchas veces forzada y violenta, recargadísima y exuberante siempre. Es verdadera literatura de *asalto* y de *irrupción* (*Sturm und Drang*), como la llaman en Alemania. A la perversidad cobarde del hombre culto, opone Schiller la libertad salvaje y los nativos generosos instintos del saltador de caminos, á quien la injusticia social arroja de su seno. Al crimen cauteloso opone el crimen franco; reivindica la libertad del hombre en las selvas, y crea á Karl Moor, el gran justiciero, terror de los opresores y consuelo de los pobres, en cuyo provecho saquea á los ricos. Por este drama, tan candorosamente antisocial, que concibió Schiller desde 1777 á 1780 entre las cuatro paredes de un colegio, cuando *ain no había visto hombres* (según su propia expresión), se siente pasar un hálito de la revolución que flotaba en la atmósfera, y que antes de diez años iba á descargar, coronada de siniestra lumbre, sobre el alcázar de las antiguas instituciones.

En un alma tan castamente enamorada del ideal como la de Schiller, esta fiebre tenía que irse apaciguando más ó menos lentamente. Después de su fuga del colegio, Schiller no podía menos de irse reconciliando poco á poco con la humanidad. El furor de la acción, la intemperancia melodramática, la división del mundo en ángeles y monstruos, persiste todavía en *Luisa Miller*; pero ya el carácter de lady Mitford presagia un arte menos crudo, más racional y humano. Y *Fiesco* y *Don Carlos*; primeros dramas históricos de Schiller, con estar concebidos de una manera tan anti-histórica y tan lejana de lo que fueron después sus obras magistrales del mismo género, representaban un progreso todavía más evidente, puesto que el solo hecho de penetrar Schiller en la región de lo pasado y apartarse de la realidad contemporánea, para observar la cual no había nacido su genio desenfundado-

mente idealista, traía á su espíritu el apaciguamiento que infunde siempre la contemplación del destino humano desde las cumbres de la historia, la precisión objetiva que su estudio da, y el desinterés y la elevación que rara vez nacen en el arte de lo que nos toca muy de cerca. Así, vemos que en *Don Carlos*, drama muy débil bajo el aspecto de los caracteres y de la acción, y no inmune del énfasis retórico, de que nunca acertó á desprenderse totalmente Schiller, el autor encuentra indulgencia para todo el mundo (hasta para el negro Felipe II que él se había forjado en las nieblas de su fantasía), como si quisiera abarcar el mundo entero en aquel sueño de cosmopolitismo y universal amor, del cual hace intérprete y apóstol elocuentísimo al marqués de Poza.

Aquí comienza la segunda manera de Schiller, contenida en germen en la primera; pero tan distinta de ella como es distinto el árbol de la semilla. Lo que antes era idealismo turbulento y feroz, se trueca ahora en alto y sereno idealismo. ¿Que nimen hizo esta transformación? Ningún otro que el de Goethe, que antes de 1794 aborrecía cordialmente á Schiller (como él mismo confiesa), porque su talento vigoroso, pero sin madurez, había desatado por Alemania, como un torrente impetuoso, todas las paradojas morales y dramáticas de que Goethe se había esforzado tanto en purificar su inteligencia. El trato de Goethe fué para Schiller como el eslabón que hizo brotar la chispa sagrada, escondida hasta entonces en obras poderosas, pero de apariencia informe. En esta comunicación, de la cual es perenne monumento la correspondencia entre ambos artistas, Schiller no abdicó de ninguna de sus condiciones geniales; pero todas ganaron con el contraste de una naturaleza tan opuesta á la suya. Goethe dió á Schiller la serenidad y la objetividad desinteresada que le faltaban. Schiller infundió á Goethe algo de la pasión que él llevaba en su alma. Que serie de obras maestras ilustró este último período de la vida de Schiller! (1798 á 1805): *Wallenstein*, *María Stuardo*, *Juana de Arco*, *La Novia de Messina*, *Guillermo Tell*, sin contar con las más bellas poesías líricas, entre ellas el *Canto de la Campana*. ¡Con cuánta razón, decía Goethe que Schiller era una criatura magnífica, y que cuando dejó este mundo estaba en la plena madurez de su talento!

Es antítesis vulgar, y repetida en muchos libros de crítica, que Schiller procedía siempre de lo abstracto á lo concreto, es decir, convirtiendo una idea general en tema poético, al paso que Goethe, sentando firmemente el pie en realidad, transformaba el caso concreto en la materia poética y universal. Esta antítesis tiene más de especioso que de real; Schiller, como todo artista, jamás buscó la inspiración en puros conceptos intelectuales. Lo que hay es que su genio, eminentemente idealista, realizaba el hecho histórico hasta darle un valor universal y simbólico, y nunca acertaba á contemplar la realidad sino de esta manera. Pero en nada de esto intervenía una larga elaboración intelectual; todo ello era instintivo en el poeta; tan instintivo como la intuición de Goethe. Sabía ver Schiller en el espectáculo de la historia lo que ojos vulgares no ven, y quizá más de lo que la misma historia contiene. Pero dígame para su gloria y para gloria del sistema idealista, que la historia que él hizo, hecha quedó para siempre, y no hay *Wallenstein*, ni *María Stuardo*, ni *Guillermo Tell*, por históricos que sean, que prevalezcan contra los suyos. Solo en *La Doncella de Orleans* le flaqueó el arte, porque fué excesivo el desprecio á la historia, y la poesía de esta era tal, que venció á la poesía artificialmente amañada, siquiera ostentase gran belleza lírica.

Pero fuera de este pecado de gran pecador, ¿cuánto hay que admirar en todo lo restante? ¿Cuándo la resignación cristiana del alma purificada por el arrepentimiento ha penetrado tan suavemente el alma como en las últimas escenas de *María Stuardo*? No hay en el teatro moderno concepción más vasta (á un tiempo una y múltiple) que la de la Trilogía, donde se enlazan con arte exquisito una pintura de época, ejecutada con l-

mayor amplitud y franqueza; un idilio de amor, que conservará perenne juventud y frescura, mientras pueda el amor habitar en espíritus tan virginales como el de Max y el de Tecla, y un drama interno, que traslada con pasmosa y solemne verdad las luchas del alma ambiciosa, á quien su propia ambición hace débil esclava del giro de las esferas celestes. Todo este tesoro halló el poeta en la historia, que ya no era para él tema de declamación, sino fuente de realidad y de vida, más intensa, más concentrada y más expresiva que la vida actual, la cual ha de aparecer forzosamente dispersa á los ojos de quien no la mire desinteresado y desde lejos.

«La vida es ser» (decía Schiller en el prólogo del *Wallenstein*); el arte es sereno. Solo en *La Novia de Messina* se apartó en cierta manera de esta serenidad, que fué ley constante de las obras de su madurez, y aún allí procuró templar, á la manera de los antiguos, el efecto de la pasión tumultuosa, con las graves y melancólicas sentencias puestas en boca del coro, cuyo oficio no comprendió, sin embargo, con entera exactitud, puesto que le dividió en dos coros rivales. Obra totalmente armónica y preferida por muchos á las restantes del poeta, es *Guillermo Tell*, en la cual ciertamente no se admira la grandeza del *Wallenstein* ni lo patético de *María Stuardo*, pero sí una perfecta conveniencia entre la acción y el paisaje, una compenetración no menos perfecta del drama individual y del drama que pudiéramos llamar *épico* ó de interés trascendental, y un torrente de poesía lírica, tan fresca, transparente y limpia como el agua que mana de las mismas cumbres alpestres. Y es que Schiller, como queda dicho, antes que dramático, era poeta lírico, soñador sin freno en los versos de su juventud, idealista siempre, pero con alto y reflexivo espiritualismo, en aquella serie de obras maestras, tan ricas de ideas y de imágenes, que llenan los diez años últimos de su gloriosa carrera. Una de ellas, la más célebre de todas, *La Campana*, sería la primera poesía lírica del siglo XIX, si no se hubiese escrito en el penúltimo año del XVIII, y no llevase impreso el espíritu de aquella era, aunque en su parte más ideal y elevada. Toda la poesía de la vida humana está condensada en aquellos versos de tan metálico son, de ritmo tan prodigioso y tan flexible. El que quiera saber lo que vale la poesía como obra civilizadora, lea *La Campana* de Schiller.

La literatura alemana, llegada á su apogeo más tarde que otra alguna de las grandes literaturas modernas, tomó, por consecuencia de este mismo tardío florecimiento suyo, un carácter de cultura estética doctrinal, en que la teoría acompaña ó precede constantemente á la práctica. No hay obra alguna de las de Schiller (con rebosar todas de pasión y de estro) que no haya sido meditada largamente, conforme á ciertos cánones artísticos que el autor iba laboriosamente deduciendo y formulando. Semejante en esto á Corneille, pero con otro sentido y otro alcance, Schiller ha ido construyendo su propia *Poética* al mismo tiempo que componía sus poemas. Es imposible aislar en él al poeta del preceptista y del filósofo. Schiller no fué únicamente idealista literario, sino filósofo idealista, de la escuela de Kant.

A primera vista, nada más opuesto que la índole de estos dos hombres. Schiller, todo pasión y entusiasmo, que se desborda hasta contra las leyes del gusto y de la lógica; Kant, todo meditación íntima y pensamiento fuerte y reconcentrado. El estilo del uno, brillantísimo, prodigo, despilfarrado, lleno de lumbres y matices poéticos; el estilo del otro, desnudo, austero, sin una flor en que descansar la vista. El procedimiento del uno, enteramente sintético, porque síntesis es toda gran creación poética; el procedimiento del otro, completamente analítico, de disección paciente é implacable. Bajo el aspecto moral, indulgente el uno con la pasión, el otro severísimo domador de todo afecto suave y lánguido, como él desdenosamente llamaba á todo lo que no era impulso viril y heroica fortaleza.

Y, sin embargo, en el fondo había singulares puntos de contacto entre Schiller y

Kant; puede decirse que ambos espíritus se completaban. Schiller era el poeta del idealismo moral, de que Kant era el filósofo. Lo que enamoró á Schiller en la doctrina kantiana, no fué la parte crítica, en la cual apenas penetró, sino la parte dogmática, la parte afirmativa, la *Ética*, en una palabra. Schiller (en sus obras maduras, se entiende) es el poeta de la *Crítica de la Razón Práctica*. Sólo que el imperativo kantiano, aquel rudo estoicismo destituido del don de las lágrimas, se trueca, al pasar por el espíritu de Schiller, en ternura y piedad inmensa, en caridad universal, que no merman ni debilitan, antes realizan el temple heroico del alma, señora de sí misma, obediente á los dictados de la ley moral dispuesta siempre á hacer triunfar la razón sobre los sentidos, y consciente de la fuerza indomable que posee, no sólo para resistir á todas las sustracciones del mundo físico, sino para salir triunfante de todo conflicto dramático. Asemejábanse Schiller y Kant, no sólo por este culto del deber y de la dignidad humana, sino porque uno y otro ponían en el mundo interior la raíz de lo sublime, que para ellos era cosa que tocaba únicamente á la voluntad autónoma. El mismo desdén profesaban á lo empírico, si bien con los matices diversos que por fuerza han de encontrarse en el pensamiento de un poeta y en el de un filósofo. «El universo ideal embriaga mi corazón» (decía Schiller en su poesía *De los ideales*): ¡qué magnífica es la forma de este universo, mientras permanece encerrada como la flor en su capullo?... La libertad no existe más que en el imperio de los sueños, y lo Bello no florece más que en los cantos del poeta». Ni Schiller ni Kant eran cristianos; á lo menos con un cristianismo positivo y dogmático; pero Schiller se mostró á cada paso cristiano por el sentimiento y por la imaginación: era un estoico bautizado, y un estoico poeta. Ni una ni otra cosa fué Kant, estoico en quien apenas se reconoce la marca del bautismo, moralista antiguo encerrado siempre en la fría y desolada región de Séneca y de Epiceto.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

EL INSECTO ALADO.

ODA XVI.

Traducción de Victor Hugo.

Una nada la anima; valedosa de un objeto se pasa á otro galano sin fijarse jamás, como en la rosa nunca se fija el céfiro liviano. Émulo de la abeja laboriosa; ni el beso que ybaran los antojos sobre unos labios rojos, ANDRÉ CHENIER.

Quando el insecto dorado alegre levanta el vuelo, al revelar el ambiente la marcha del crudo invierno, ay! cuantas veces su manto de rico matiz cubierto, sus alas de leve encaje, desgarran torpe en su vuelo entre las agudas puntas que erizan el verde seto. Así tú, juventud débil, extraviada sin recelo, vuelas, ávida de goce, donde te llama el deseo; y cuántas veces las alas rasgas en tu loco vuelo en las espigas mortales de livianos devaneos.

Ador.

LLUVIA

«Podrán no hacer junta, podrán no tener poco, pero nada es más junta.»

Esta gran verdad, de medio siglo por el pasado á la categoría de una demostración.

Las juntas son más indispensables. Presta mismo servicio que los canes. Nuestro plan como una bomba pirateros por de ses y las lavas que se engendr

inhabilitables sin... que aquellas han proporcion... afán de superioridad y magoneo con su... presidencias, vicepresidencias y ponencias. Horroriza el considerar lo que sería de nosotros si de pronto, á manera de soplo en caudil, desaparecieran todas esas fecundas agrupaciones, y nos encontráramos metidos en el estrecho recinto de una ciudad con tantos dignísimos presidentes sin presidencia, y tantos elocuentísimos oradores con sus discursos de tres semanas de fermentación en el cuerpo y sin lugar ni ocasión para improvisarlos.

Afortunadamente, Dios es un señor infinitamente sabio y bondadoso y da siempre el remedio á la medida de la enfermedad, con lo cual, si por un lado aumentan los hombres eminentes con aspiraciones bulliciosas desde la lactancia, la semilla de las asociaciones parlantes y votantes da por otro lado la única cosecha abundantísima y segura que puede ostentar el país como muestra de fertilidad inagotable.

Sin contar el Senado y el Congreso, las Diputaciones y los Ayuntamientos, y pasando por alto las juntas de Sanidad, de Agricultura, Industria y Comercio, las de puertos, los consejos de instrucción pública y demás que tienen carácter oficial, han ido naciendo con pasmosa frondosidad en el verdadero oratorio nacional las ligas de contribuyentes, las agrarias, las Cámaras de Comercio, las sociedades protectoras de los niños, las de los animales (habrá que repetir protectoras, porque más vale una cacofonía que un disgusto) los comités políticos, y otras asociaciones de gremios, músicos y danzantes, y tenemos el campo labrado para dar nuevos productos.

Capitán sin tropa ni pastor sin rebaño no se conciben, y tampoco es posible que haya presidentes si no hay vocales, de donde resulta que antes de que acabe el siglo no quedará ningún español raso sin voz ni voto.

Vistos en la calle los individuos de juntas no presentan carácter distintivo ninguno. Los accidentes de color y olor no revelan en ellos, á los hombres ilustres que van salvando al país una vez á la semana ó quincenalmente, según los casos. El sabor no es aplicable, pues aunque á algunos el cargo les hace tomar el aspecto de aves trufadas, andan en crudo. El sonido solamente indica que muchos tienen la cabeza muy sonora, y golpeada, retumba, produciéndose bolladura en lugar de chichón.

Por eso para saber lo que es una junta, es preciso que esté junta.

Por ese deseo es fácil de satisfacer en cualquier día y á cualquier hora, porqueno hay minuto libre de junta.

Precisamente son las seis de la tarde y estará terminando su sesión la Sociedad protectora de las amas de cría é irá á empezar la suya la Liga de productores de aves de corral, una hora más tarde se reúne la Junta de salvación de la industria nacional, que nos da tiempo para llegar y gozar de la función desde la sinfonía.

Un conserje enciende las últimas luces del salón, en tanto que el secretario, cumpliendo los deberes de su cargo, retribuido con 200 pesetas anuales, prepara apresuradamente el acta de la sesión anterior.

Aún falta un cuarto de hora para la tarde; la puerta se entreabre suavemente y ve que va á entrar un gato.

Es don Homobono Bueno, que filtra por la menor cantidad de luz con el menor ruido posible, simpático grupo de los vocales, que sirven para hacer número, no para aplaudir á los propósitos con la mayoría y no para admirar cuando se ve el esfuerzo de haberse dirigido á la junta.





